

La transformación del Centro de Instrumentos en Centro de Investigación (1988-2000)

M. en I. Gerardo Antonio Ruiz Botello

En 1988, el M. en C. Manuel Estévez ocupaba la Dirección del Centro de Instrumentos (CI); había sido designado Director por el Rector Dr. Jorge Carpizo en 1985, año en el cual el M. en C. Héctor Domínguez, Director en ese momento, había sido nombrado titular de la Coordinación de Planeación, Presupuesto y Estudios Administrativos. El terremoto del 19 de septiembre de 1985 había dejado profundas y dolorosas huellas y enseñanzas; habíamos perdido, en el Edificio Nuevo León en la Unidad Nonoalco Tlatelolco, a nuestra compañera Guadalupe Alcántara “Lupita”, pero también había permitido mostrar los sentimientos solidarios y el compromiso del Centro y de la Universidad con la población de la Ciudad de México. Manuel había invitado a José Saniger a ocupar la Secretaría Académica, en sustitución de Jaime Pimentel quien, junto con otros miembros del Centro, particularmente de la generación de fundadores de los años 70 y algunos otros, decidieron buscar opciones de desarrollo personal y de mejoramiento salarial fuera de la UNAM. En ese entonces las condiciones salariales en la Universidad eran bastante malas, no había programa de estímulos a la productividad y muchos académicos estaban migrando a otras instituciones educativas, -privadas la mayoría de ellas-, o bien estableciendo sus propios negocios, o a veces, “dobleteando” salario al trabajar en más de una institución.

Todos éramos Técnicos Académicos, a excepción de Ricardo Ruiz, quien al volver de sus estudios de maestría en Inglaterra en 1981, se convirtió en el primer investigador del Centro emanado de entre su personal académico. El Centro hizo algunos intentos por contar con otros dos investigadores en esos años, -Arturo Noyola Isgleas y Jorge Lira Chávez-, sin éxito. El Sistema Nacional de Investigadores (SNI) se acababa de crear en 1984, y representaba para algunos, principalmente los investigadores, una opción de mejoramiento económico y permanencia en la Universidad.

En 1988, -apenas un año después de la huelga del Consejo Estudiantil Universitario (CEU), que puso en entredicho el documento del Rector Carpizo sobre “Fortalezas y Debilidades de la Universidad” y los primeros intentos por incrementar las cuotas en la institución-, José Saniger decidió concentrarse en la conclusión de sus estudios de doctorado y renunció a la Secretaría Académica del Centro. Yo estaba al frente de la Sección de Metrología, y Manuel me invitó a sustituir a Saniger, manteniéndome además al frente de dicha Sección. Iniciaba para mí un periodo de doce años de mi vida que me permitieron, en mi tiempo y circunstancia, contribuir en la medida de mis posibilidades al crecimiento del CI y su transformación en centro de investigación, perfil que años después, al mero principio

del breve y desafortunado paso de Francisco Barnés de Castro por la rectoría, -quien designó como Director del CI a Felipe Lara Rosano, a finales de 1997-, le permitió permanecer en la estructura universitaria, suerte que no corrieron el Centro de Información Científica y Humanística (CICH), el Centro de Servicios de Cómputo (CSC), el Centro de Comunicación de la Ciencia (CCC), el Centro para la Innovación Tecnológica (CIT) y otros centros, y nos permitió consolidar el establecimiento de las bases para su eventual evolución y transformación, hasta convertirse en un instituto de investigación en marzo de 2018.

Mis colaboradoras en ese momento, en el trabajo secretarial, eran la Sra. Ma. Antonieta Flores, “Toñita”; Bertha Beatriz Galicia, “Beti”, que era secretaria de la Sección de Metrología, y Marina Barrera, quien se encargaba de los asuntos con el Consejo Técnico de la Investigación Científica (CTIC) desde la Dirección del Centro. Cruz Mónica Galicia, hermana de Beti, era la secretaria del Depto. de Diseño y Desarrollo, cuyo jefe era Roberto Ortega; y contaba, además, con la participación de Clara Alvarado, quien se hacía cargo de los programas de intercambio académico y servicio social del Centro, entre otras actividades.

Sus herramientas de trabajo eran la máquina de escribir y el “editor de textos”; este último equipo nos permitía transcribir los manuscritos escritos a mano y pasarlos a un archivo de texto electrónico para su posterior impresión. Las computadoras personales tardarían todavía tiempo en llegar a ser una herramienta común de trabajo. Poco tiempo después llegó Teresa Morales, en sustitución de Marina, y finalmente Claudia Arreola, en lugar de Tere; ellas se sumaron a ese gran equipo de trabajo, del cual recibí siempre la mejor de las respuestas y el mejor trato. Siempre recibí también el apoyo de Luz Aurora Contreras Ledezma, tanto cuando estuvo adscrita a la Secretaría Académica, como cuando lo estuvo a la Dirección

del Centro. De igual forma, siempre conté con la colaboración de la Secretaría Administrativa a cargo de Yolanda Flores Platas y sus colaboradoras Hilda Gómez, Irma Zepeda (q.e.p.d.), Hilda Torres y Martha Irene García Guerrero, así como de Leticia Flores Platas, al frente de la Biblioteca del CI, pues ésta dependía, como hasta ahora, de la Sría. Académica. Entonces inició su servicio social bajo mi supervisión Rocío Sandoval González, quien con el tiempo se convertiría en funcionaria del CI.

El CI, después de 15 años, creado en 1971 por el Rector Pablo González Casanova a propuesta del Dr. Fernando Alba Andrade, ex Director e Investigador Emérito del Instituto de Física, tenía ya una estructura consolidada que se cimentaba en sus departamentos de Diseño y Desarrollo, Mantenimiento, Producción y Enseñanza Experimental de las Ciencias, en consonancia con las funciones originalmente establecidas en su acuerdo de creación y articulado a un modelo de desarrollo económico del país, fincado en la sustitución de importaciones y economía cerrada.

Llegó el año 1989, y quizás un par de semanas después de la caída del Muro de Berlín, -este evento tendría implicaciones para el Centro años después, como veremos más adelante-, me llamó por teléfono Manuel Estévez y me dijo: “Te va a llamar el Coordinador, el Dr. de la Fuente”. Yo le pregunté si sabía cuál era el asunto, y Manuel me dijo: “Te va a invitar a formar parte de la terna”. Manuel estaba por terminar su primer período como Director, y había sido informado por el Coordinador que él (Manuel) no formaba parte de los planes del Rector Sarukhán (1989-1996) para el Centro. Manuel entendió y asumió la decisión institucionalmente, al igual que yo atendí la cordial invitación que me formuló el Dr. Juan Ramón de la Fuente. Los otros invitados a la terna fueron José de la Herrán, destacado Técnico Académico adscrito al Laboratorio de Metrología del CI, -Premio Nacional en Tecnología y Diseño en el año 1983 (postulado por el

propio CI)-, y Claudio Firmani, destacado investigador del Instituto de Astronomía y Premio Universidad Nacional en Innovación Tecnológica y Diseño Industrial, -junto con otros investigadores y técnicos académicos del Instituto de Astronomía-, por el desarrollo del detector “Mepsicrón”. Formar parte de una terna al lado de dos “gigantes” universitarios era un privilegio para mí, y por supuesto fue una oportunidad de aprendizaje y crecimiento. La decisión del Rector Sarukhán estaba “cantada”, era su atribución y por supuesto había que respetarla. Acudí a la entrevista con el Rector, en la cual él, como siempre, fue muy afable. Ya nos conocíamos desde que él era investigador en el Instituto de Biología e iba al CI a encargarnos algunos trabajos. Siempre mantuve una buena relación con el Dr. Sarukhán, quien apoyó decididamente en su momento como Coordinador de la Investigación Científica el proyecto del Laboratorio de Metrología, al igual que también hizo años después el Dr. de la Fuente.

El 12 de diciembre de 1989 tomó posesión Claudio Firmani como Director del CI. Terminaba la gestión de Manuel Estévez como Director, -por cierto, primero y único Técnico Académico, hasta ahora, y primer Director emanado de entre su personal académico en ocupar ese cargo-. Tendrían que pasar otros 16 años para que otro miembro de su personal académico, -José Saniger-, se convirtiera en Director, y para que muchos años después, en 2018, otro técnico académico -Miguel Ángel Bañuelos- formara parte de la terna, esta vez para contender por la dirección del actual ICAT

Al término de la ceremonia de toma de posesión de Claudio Firmani me pidió que lo acompañara a la Dirección del Centro. Las renunciadas de los jefes y secretarios estaban sobre su escritorio. Me dijo: “Quiero que sigas al frente de la Secretaría Académica”, a lo que repuse: “Claudio, tú no me conoces ni yo a ti”. “No importa, -me dijo-, pero tú conoces al Centro. -Ya tendremos tiempo para conocernos”. Tanto a

los secretarios como a los jefes de departamento nos ratificó (previa consulta con el personal académico de cada departamento, en el caso de los últimos), pero el Departamento de Diseño y Desarrollo no alcanzó un acuerdo y decidió permanecer sin jefe. Empezaba para mí un proceso de aprendizaje y formación en la gestión del Centro y de sus recursos humanos, y de una relación de amistad que, lamento mucho, hubo de verse interrumpida cuando Claudio decidió jubilarse en la UNAM y retornar a Italia, su país de origen.

La misión de Claudio al frente del CI consistía en establecer la actividad de investigación como parte del quehacer del Centro, de manera que se consiguiera una sinergia con sus actividades de diseño y desarrollo que ya estaban bien cimentadas. Tan era así la encomienda del Rector, que hizo que Claudio, -un astrofísico-, estableciera el Laboratorio de Detectores del CI, en el cual diera continuidad a sus trabajos de desarrollo tecnológico alrededor de los detectores de fotones. De inmediato, también, se dieron los primeros pasos para dotar al CI de Internet, para hacer investigación, pues, había que contar con investigadores. Iniciamos de inmediato, a partir de 1990, las acciones encaminadas a la incorporación y formación de investigadores. Varios técnicos académicos decidieron tomar esa ruta: Ricardo Ruiz ya lo había hecho; José Saniger, Roberto Ortega, Gabriel Corkidi, Jorge Márquez y Felipe Orduña, entre otros, lo harían poco tiempo después, durante o al concluir sus estudios de posgrado.

Aparte, teníamos un buen número de estudiantes becados por la DGAPA en el extranjero; algunos de ellos, como Martha Rosete y Fernando Arámbula se incorporarían tiempo después; otros se ubicarían en otros institutos de la UNAM o Centros de Investigación del CONACYT, y algunos más, se quedarían en el extranjero. Rufino Díaz -quien concluyó su doctorado en el CI-, y Mayo Villagrán, llegaron al Centro por invitación de Roberto Ortega, quien a su vez insistía en crear un grupo de Óptica. Contábamos con un antecedente

en esa dirección, ya que a finales de los años 70 y principios de los 80's del siglo pasado, tuvimos la presencia de un grupo de Óptica por alrededor de dos años. Estos "ópticos" formaban parte del grupo que estaba encabezado por el Dr. Daniel Malacara Hernández, fundador del Centro de Investigaciones en Óptica (CIO), en León, Guanajuato, y que se irían a trabajar allá en cuanto se dieron las condiciones para hacerlo.

Cabe señalar que, desde la fundación del CIO, el CI, hoy ICAT, ha formado parte de su Consejo Directivo. En lo particular, yo formé parte de su comisión dictaminadora durante 7 años (2000-2007), en las administraciones de los Drs. Efraín Regalado y Fernando Mendoza. Una cosa interesante que conocí allí es que tienen tres figuras académicas: investigador, ingeniero de desarrollo y técnico académico; las dos primeras con los mismos salarios y prerrogativas. A una entidad con el perfil del CI, después CCADET, hoy ICAT, contar con la figura de ingeniero de desarrollo le hubiera venido muy bien, pero eso no era posible en la UNAM. Pero, ¿cuáles eran las líneas de investigación en las que trabajarían los investigadores del CI? Pues aquellas en las cuales estaban haciendo o habían hecho su doctorado. Se pretendía que fueran líneas de investigación de corte experimental, aplicado, y con alguna vinculación o descarga en el desarrollo de instrumentación, pero la verdad es que no había mucho más claridad o definición que esa. Eso generó una multiplicidad de líneas que terminaron definiendo la heterogeneidad que hoy por hoy distingue a nuestro Instituto frente a otros institutos, y que, desde mi punto de vista, es un sello distintivo del ICAT, le da personalidad propia y se transforma en una fortaleza para el cumplimiento de su misión: hacer ciencia aplicada y tecnología.

Con la caída del muro de Berlín, en noviembre de 1989, se detonó un proceso migratorio de tecnólogos y científicos provenientes de diversos países de Europa del Este y de la Unión Soviética. El

CONACYT creó en 1991 el Programa de Cátedras Patrimoniales de Excelencia, con las cuales se pretendía incorporar, temporalmente, especialistas provenientes de esos países que vinieran a México a apoyar la formación de grupos académicos de interés en alguna dirección específica. Este programa permitió la llegada de algunos de ellos, entre 1991 y 1997, -la mayoría ucranianos-, al Centro de Instrumentos. En 1990 se había creado el Programa Universitario de Investigación y Desarrollo Espacial (PUIDE), por iniciativa del Dr. Arcadio Poveda Ricalde, y algunos de esos especialistas vinieron a colaborar, de manera colateral, con ese programa, estableciendo un laboratorio de radiofrecuencia y otro de microlitografía. Casi todo el equipo que se adquirió para los mismos, era de origen ruso o ucraniano. El PUIDE inició el diseño y desarrollo de un microsatélite con el concurso de un especialista, ajeno al CI, y un grupo de estudiantes, los cuales eventualmente fueron a Rusia a prepararse en algunos temas relacionados con la ingeniería aeroespacial. Algunos académicos del CI participaban, si acaso, muy marginalmente en ese proyecto.

El lanzamiento del microsatélite UNAMSAT-1 fracasó, pues el Sputnik que lo pondría en órbita explotó durante el despegue. Se construyó otro más, el UNAMSAT-2, el cual sí fue puesto en órbita y transmitió señales a la estación terrestre por pocos minutos. Después, la señal se perdió, junto con el satélite. Lamentablemente, el PUIDE fue cancelado. Desde mi punto de vista no debería haber sido así, pues ese esfuerzo pionero por parte de la UNAM y la experiencia que se hubiera adquirido, durante los siguientes 20 años, habrían servido para fortalecer las bases con las cuales se creó, en 2010, la Agencia Espacial Mexicana y la presencia de la UNAM formando parte de ella.

La primera empresa exitosa de base tecnológica emanada del CI surgió en 1990, cuando, dentro del Programa de Riesgo Compartido

del CONACYT, Roberto Reséndiz, -colaborador muy cercano a José de la Herrán en el Instituto de Astronomía, durante el diseño y construcción del Observatorio Astronómico Nacional en San Pedro Mártir, en Baja California, y del telescopio de 2.12 m de diámetro en su óptica principal, y quien se había incorporado al CI en 1986 como jefe del Departamento de Producción-, obtuvo el apoyo de la empresa DIBYASA para el desarrollo de tecnología nacional para la fabricación de bombas de tornillos. Este exitoso proyecto desembocó en la creación de Pirámide Estructural del Golfo, S.A. de C.V., con sede en Coscomatepec, Ver., la cual ha sido dirigida desde entonces por Reséndiz, convirtiéndose en un proveedor nacional muy competitivo frente a los fabricantes extranjeros para las empresas productivas del Estado, como son Petróleos Mexicanos (PEMEX) y Comisión Federal de Electricidad (CFE), y en un socio tecnológico para nosotros. Otro resultado muy satisfactorio, que se consiguió en aquellos años, fue la transferencia tecnológica de equipo didáctico a Fernández Editores, S.A., y el convenio de colaboración científico-tecnológica con los Laboratorios BIOCOM, de Francia.

En aquellos años, la visita a la UNAM de legisladores y secretarios de Estado, así como de quien sería, poco después, Regente del Distrito Federal y de algunos empresarios, se volvió algo a lo que no estábamos acostumbrados. En particular recuerdo las visitas de Manuel Bartlett Díaz y Ernesto Zedillo Ponce de León, ambos en ese momento en su calidad de Secretarios de Educación Pública, y de Oscar Espinoza Villarreal, quien sería años después Regente del Distrito Federal, como titular de Nacional Financiera (NAFINSA).

Al Rector Sarukhán le gustaba llevarlos al CI, entre otros Institutos y Centros, para que les presentáramos nuestros productos y capacidades. Estos esfuerzos de vinculación y proyección de la UNAM, condujeron también al proyecto de Fundación UNAM. Recuerdo aquella ceremonia en Los Pinos, encabezada por el

Presidente Carlos Salinas de Gortari y el Rector Sarukhán, secretarios de Estado y por supuesto distinguidos universitarios. Como Claudio Firmani no podía asistir, nos pidió a José Luis Pérez Silva y a mí, que acudiéramos en su representación. José Luis se había convertido en Secretario Técnico del CI, después de la salida de Kent Brailovsky, quien se marchó a trabajar al ITAM, y de una brevísima gestión de Héctor del Castillo González, -segundo director del CI-, en ese puesto. José Luis permanecería en el cargo los siguientes 16 años, acompañando en su totalidad las gestiones de Claudio Firmani y Felipe Lara Rosano, al frente del CI y del CCADET.

Entre 1990 y 1994 se dieron hechos significativos que marcarían la historia y devenir del CI. La organización del Congreso Universitario en 1990, -como resultado de la revocación de acuerdos tomados por el Consejo Universitario en 1986, que derivó en la huelga del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en 1987 y el acuerdo para celebrar un congreso universitario-, convocó la participación de toda la comunidad universitaria y por supuesto hubo que organizar todas las actividades previas para elegir a los delegados y los temas a discutir, que incluían la participación de los académicos y administrativos del CI: foros, mesas, insaculación de representantes para ampliar órganos colegiados, votaciones, relatorías, emisión de actas e informes, entrega de documentación, etc. Debo señalar que no tuvimos ninguna falla o impugnación durante todo el proceso del congreso, que duró varios meses.

El proyecto UNAM-BID abrió posibilidades importantes para el CI en la creación de infraestructura y nacimiento de nuevas líneas de investigación. El Rector Sarukhán, en 1993, gestionó con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) un empréstito de 200 millones de dólares, para equipamiento de laboratorios de investigación y docencia y construcción de edificios e instalaciones que permitieran a la institución ponerse al día en docencia e investigación. Claudio



El Dr. José Sarukhán Kermes,
Rector de la UNAM,
durante ceremonia en el CI,
acompañado del Director,
Dr. Claudio Firmani Clementi
y de los ex-Directores,
M. en C. Héctor Domínguez Álvarez,
M. en C. Sergio Reyes Luján
e Ing. Héctor del Castillo González

me pidió organizar la propuesta del CI con el apoyo de José Luis Pérez Silva, en la cual incluimos a todos los laboratorios existentes y la creación de algunos nuevos, entre ellos el Laboratorio de Pulsos Ultra Cortos y el de Microscopía de Fuerza Atómica, este último, como primer paso para el inicio del desarrollo de la nanotecnología en el CI.

Un logro importante derivado de ese proyecto fue la gestión que hicimos para la construcción del edificio anexo (el cual albergaría la actual biblioteca y dos niveles de cubículos y laboratorios) al edificio principal. El proyecto UNAM- BID se desarrolló durante los siguientes cuatro años y el edificio en cuestión se construyó en el primer año de la gestión de Felipe Lara al frente del CI, aunque la primera piedra del mismo la pusieron el Rector José Sarukhán, el Coordinador de la

Investigación Científica en ese momento, -Gerardo Suárez Reynoso-, y Claudio Firmani, Director del CI.

En 1992 se inauguró el Museo de la Ciencia UNIVERSUM, a cuyo desarrollo, desde sus inicios, estuvo ligado el Centro en el diseño e instalación de equipos, experimentos, exposiciones, juegos, etc. Durante sus primeros años, a la Casita de la Ciencia, -la cual daría origen al Centro para la Comunicación de la Ciencia, a cargo del Dr. Luis Estrada-, se asociaron varios académicos del CI, entre ellos José de la Herrán, Elaine Reynoso y Josefina Pérez de Celis Cabe mencionar que Luis Estrada, después de la desaparición del Centro que había dirigido, fue adscrito al CI, en el cual trabajó como investigador hasta su jubilación.

Como resultado de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), en 1994, se inauguró el Centro Nacional de Metrología (CENAM). Asistimos Claudio y yo a la ceremonia de inauguración, presidida por el Secretario Jaime Serra Puche. En la Ley de Metrología y Normalización vigente entonces, se le otorgaba una silla a la UNAM en el Consejo Directivo de esa entidad paraestatal. Dicha ley ha sido sustituida en 2020 por la nueva Ley de Infraestructura de la Calidad, la cual contempla el mismo espacio para nuestra institución. Desde entonces hasta la fecha, dicha representación institucional ha recaído en la persona del Director de nuestra entidad académica por delegación del Rector, en particular, José Sánchez Vizcaíno y yo hemos atendido esa responsabilidad como consejeros suplentes durante 26 años. La vinculación y colaboración de nuestra entidad académica con el CENAM ha sido continua y provechosa desde su creación, manteniendo desde hace muchos años a la fecha un convenio de colaboración académica de amplio alcance.

La Sociedad Mexicana de Instrumentación (SOMI) se creó en 1980, por iniciativa de destacados instrumentistas universitarios y de otras instituciones de investigación y educación superior. Desde su fundación, su presidencia recayó en el Director del CI, en su momento del CCADET, hasta 2014, y su Secretaría Ejecutiva en el Secretario Académico, hasta 2012. Su congreso se comenzó a realizar con periodicidad anual y de forma ininterrumpida a partir de 1990, pero antes, desde 1980, se organizaba cada dos años. A través de la SOMI, el CI logró la representación de México en la *International Measurement Confederation* (IMEKO), organización de alcance global que reúne a una cantidad importante de países representados por asociaciones profesionales u otras organizaciones o entidades, alrededor de las actividades de medición e instrumentación. Esta presencia internacional se mantuvo hasta el 2010. La revista de la SOMI originalmente llevaba el nombre de *Instrumentación*

y *Desarrollo*. Durante la presidencia del Dr. Firmani al frente de la misma, conseguimos inscribirla en el padrón de revistas de excelencia del CONACYT y se decidió comenzar su publicación en inglés para su difusión internacional, cambiando su título a *Instrumentation & Development*. Durante esos años participamos en el Comité Editorial de la misma Roberto Ortega, Josefina Elizalde y yo. El trabajo de edición lo hacíamos enteramente en el CI. Años después, durante la gestión de Felipe Lara al frente del CI y después del CCADET se acordó que la revista se convirtiera en la revista indizada del Centro, con el nombre *Journal of Applied Research and Technology*, el cual conserva hasta ahora, publicándose en ella trabajos de autores nacionales y extranjeros bajo rigurosos criterios y estándares de selección de nivel internacional.

La actividad de investigación iba avanzando y madurando paulatinamente en el CI. El número de investigadores iba al alza, y como proyecto para su segundo periodo como director, Claudio Firmani se propuso convertir el CI en un centro de investigación. Trabajamos durante los siguientes dos años en el proyecto, y finalmente, en 1996, el Centro adquirió ese estado, recibiendo el beneplácito del Consejo Técnico de la Investigación Científica (CTIC), el Consejo Académico del Área de las Ciencias Físico Matemáticas y de las Ingenierías (CAACFMI), -coordinado en ese momento por Felipe Lara-, y el Consejo Universitario. Esta nueva condición le valió al Centro para no ser desaparecido cuando inició su rectorado Francisco Barnés de Castro, pues otros centros que mantenían su naturaleza de servicio o de carácter especial, como mencionamos antes, fueron desaparecidos por acuerdo del Rector.

En 1997, Claudio Firmani concluyó su segundo período al frente del CI. Lo sucedió Felipe Lara, quien apareció en la terna de forma sorpresiva. A Felipe lo conocía yo hacía tiempo, pues había sido miembro de la Comisión Dictaminadora del CI. El mismo día que

tomó posesión me invitó a ser su Secretario Académico. Había que iniciar un nuevo proceso de entendimiento, pues cada director tiene su “estilo personal”.

Los acuerdos tomados por el Consejo Universitario en 1999 alrededor de los requisitos del pase reglamentado y del pago de cuotas por parte de los alumnos de la Universidad, atrajeron negros nubarrones sobre la comunidad universitaria, la cual se fracturó sensiblemente y finalmente, en abril de 1999, estalló la huelga estudiantil más larga de la historia de la institución, encabezada por el Consejo General de Huelga (CGH). Duró nueve meses, ya que hasta febrero de 2000, con la toma de las instalaciones universitarias por parte de la Policía Federal Preventiva y el desalojo de los paristas, se inició el proceso de recuperación de instalaciones y eventualmente la reanudación de actividades. Cabe señalar que fue una huelga muy particular, pues se acordó con los paristas que los institutos y centros de investigación podrían seguir trabajando, y que serían las escuelas, facultades y oficinas administrativas las que estarían tomadas por los huelguistas. Durante esos nueve meses tuvimos que llegar a trabajar desde donde y como pudiéramos. Por razones de seguridad nos retirábamos de las instalaciones alrededor de las tres de la tarde. Caminar por los circuitos universitarios totalmente desiertos, observando grupos de personas aquí o allá, hacían que el ambiente se sintiera denso y cargado.

La fractura en la comunidad universitaria que produjo esta huelga, sumada al desprestigio y poca credibilidad y confianza en la institución que despertó en parte de la sociedad, -alentadas además por los detractores de la Universidad, que siempre los hay-, puso en riesgo, desde mi punto de vista, su misma existencia. La designación del Dr. Juan Ramón de la Fuente como rector en noviembre de 1999 creo que fue un gran acierto. Su habilidad política y conciliatoria, condujeron a conjurar las amenazas que se cernían sobre la

institución, y la llevaron a un proceso de recuperación en todos los sentidos, hasta ubicarla como una institución de clase mundial en varios “rankings” internacionales. Sin embargo, no todas las cicatrices han cerrado y hoy, la ocupación del auditorio Justo Sierra en la Facultad de Filosofía y Letras desde hace más de 20 años, es un estigma de aquella huelga que aún lacera a la comunidad universitaria, entre otros, creo yo, a los que tuvimos el privilegio de disfrutar en ese recinto en nuestra época de estudiantes las manifestaciones culturales más acabadas de la Universidad.

Felipe Lara llevó a cabo ajustes a la estructura organizacional del Centro, creando dos grandes departamentos, el de investigación aplicada y el de desarrollo tecnológico. Esto condujo a hacer cambios en el Reglamento Interno del Centro, y a que, eventualmente, la Comisión de Reglamentos Internos del CTIC le pidiera que quedara estipulado que el secretario académico debía tener el nombramiento de investigador. Era el año 2000. Estábamos regresando a la “normalidad” en la Universidad, cuando un día me llamó a su oficina y me dijo: “Me acaban de pedir en la Comisión de Reglamentos Internos del CTIC que el secretario académico debe ser un investigador. Espero que entiendas que no es nada personal”. Así lo asumí y presenté mi renuncia. Felipe designó a José Saniger, -quien había formado parte de la terna en la contienda por la dirección-, como Secretario Académico. Saniger ocuparía el puesto año y medio, y lo sucedería Martha Rosete, quien estuvo en el cargo sólo seis meses.

Felipe Lara fue ratificado para un segundo período al frente del Centro en 2001, y contó con el apoyo de Ovsei Gelman en la Secretaría Académica los cuatro años siguientes. Felipe, entre otros logros, promovió el cambio de nombre del Centro de Instrumentos a Centro de Ciencias Aplicadas y Desarrollo Tecnológico.



El Director, Dr. Felipe Lara Rosano, acompañado del Dr. René Drucker Colín, Coordinador de la Investigación Científica

Al dejar la Secretaría Académica, en 2000, fui invitado por la Coordinación de la Investigación Científica (CIC), a cargo del Dr. René Drucker Colín, a colaborar en el desarrollo de la naciente Coordinación de Gestión para la Calidad de la Investigación, desde la cual se promovió y organizó la certificación de laboratorios de docencia e investigación, que actualmente comprende a más de 200 de ellos. Después de dos años en la CIC, regresé al Centro y Felipe me invitó a estar al frente de la Coordinación de Docencia, en la cual me reencontré con Rocío Sandoval.

Participar desde la Secretaría Académica en los procesos de crecimiento y transformación del CI durante casi 12 años fue para mí una experiencia que por supuesto forma parte inseparable de mi

vida. Durante esos años formé una familia maravillosa y llevé a cabo muchos proyectos de interés personal y académico que marcaron mi vida para siempre. Aprendí de mi relación con el Director del Centro y con otros directores y secretarios académicos, coordinadores de la investigación científica, rectores, funcionarios de alto nivel de la Universidad y de otras instituciones nacionales y extranjeras, funcionarios públicos, empresarios, cuerpos colegiados como el CTIC, el CAACFMI, la Junta de Gobierno, la Comisión Dictaminadora y el Consejo Interno.

Por supuesto, mi relación filial con la Facultad de Ingeniería siempre ha estado presente de manera continua, ayer y hoy. Pero lo mejor fue que aprendí y me enriquecí mucho más como persona a través del trato con el personal académico, el personal administrativo y el personal de confianza del Centro, así como con mis estudiantes por más de 40 años. Hice muy buenos amigos y creo no haber tenido enemigos, adversarios o detractores durante todo este tiempo. Mi política siempre fue de puertas abiertas, de mano extendida, y podía entonces y puede ahora venir a platicar conmigo el que así lo desee. Por supuesto, siempre estuve atento a servir como una instancia de enlace y comunicación con la Dirección, y sobre todo, a servir a la comunidad, propiciando y alentando siempre un sentido de identidad y de pertenencia con la Universidad y con el Centro.

La Universidad es una institución noble y generosa, en la que puede uno creer, crecer y desarrollarse en todos los sentidos. Pasar los mejores años de la vida en una institución así es un privilegio y un don, que deben ser reconocidos y agradecidos siempre a quienes lo han hecho posible: hombres visionarios y de altas miras comprometidos incondicionalmente con el pueblo de México, compromiso que todos los universitarios debemos honrar siempre.

¡MÉXICO! ¡PUMAS! ¡UNIVERSIDAD!